

EN mi viaje reciente a la patria, he tenido, entre otras impresiones no comunes, una profunda. Al llegar a Río Janeiro hacía un tiempo saúdo de niebla y llovizna. Era uno de esos días grises y cálidos de los mares tórridos, de tan abrumadora melancolía. La "Sinfonía en Gris Mayor" del Maestro:

(El mar como un vaso
de cristal azogado.
refleja la lámina de un
cielo de zinc...)

La hermosa capital toda color, gracia, esplendor aparecía esfumada, velada, ensombrecida. El palacete morisco de la isla Fiscal, antiguo seguro de la emperatriz, la fachada verdina de la Escuela Naval, la alta cúpula de la Catedral, los penachos de palmas que surgen aquí y allá se veían como trazos vagos, al carbón, sobre un papel grosero, incoloro. Habríase dicho que el mar, el cielo, la tierra estaban de luto, vestían galas funerales.

Con qué honda emoción noté de pronto que los buques surtos en la bahía llevaban sus pabellones a media asta; supe por un empleado de la aduana que llegaba de tierra, que en el puerto se encontraba el convoy fúnebre de un diplomático mejicano. Amado Nervo, pensé, y no me engañé. A corta distancia desplegaban sus banderas dos buques de guerra uruguayos. El uno llevaba los restos del poeta, el otro les servía de escolta. Un marino del Uruguay, el capitán Aguilar, que venía de Londres, adonde había ido en viaje rápido, nos habló entonces de los últimos, gloriosos días de Amado Nervo. Nos dijo de las atenciones que se le prodigaron en Buenos Aires y en Montevideo: los banquetes, las recepciones, los saraos innumerables. Nos habló de la solicitud con que se le rodeó durante su enfermedad; la atención del mundo oficial, del esfuerzo de los médicos, del cuidado de las damas. Nos detalló los honores que se le hicieron en los funerales: el velorio solemne en la Universidad, los elogios fúnebres, las veladas consagradas a su memoria...

Así, pues, este noble poeta que vivió en la paz, ha muerto en la gloria. Gracias a él y gracias a su patria. Porque él supo, a menudo, decir líricamente la Palabra Única. Porque su país tuvo el bello gesto de elevarlo, de ponerlo en la luz, de sostenerlo. Y he aquí que aho-



Dolorosa es esta actitud del poeta, frente a los manjares sin concluir, la cabeza apoyada en la diestra, como al peso de un negro pensamiento.

OPINIONES Y RECUERDOS

Amado Nervo

ra, cuando América y España se inclinan ante el fétetro del poeta, su gloria se identifica con la de su patria y, al decir: Amado Nervo, pensamos: Méjico. (Cuán diferente de la actitud de ese país la de esta cara tierra mía que, cuando no desconoce, desdén a sus escritores, dejándolos, ámbolos faltos de sol, consumirse en la obscuridad...)

Amado Nervo se reveló en las letras americanas, allá en los albores del movimiento modernista, como un cantor de la belleza interior, intérprete del nuevo gusto simbolista que Rubén Darío comenzaba a difundir. Más emotivo que visual, manifestándose lírico puro, ferviente, y artista del verso nuevo, fino y singular; en tanto que dotado de un temperamento complejo, a la vez místico y sensual, mostró poeta genuino del alma moderna, oscilante entre el miraje del ideal y el atractivo de los sentidos. Sus maestros más caros fueron el santo cantor de Fio-
retti, el dulce poeta de Sagesse y el turbador artífice de Prosas Profanas. Así, en sus primeros libros, *Místicas*, *Perlas Negras*, dice sus sensaciones juveniles o sus transportes religiosos, en piezas tenues, a veces raras, siempre delicadas. En sus volúmenes siguientes, *Poemas*, *Lira Heroica*, interpreta su deslumbramiento de los siglos caballerescos o de la Hélide inmortal, no como evocaciones objetivas, a la manera parnasiana: como recuerdos de avatares lejanos de su propia alma, o traduce el simbolismo de los seres o las cosas "dóceles" y "cristalinas": la "Hermana Agua", la monja de caridad:

(...Tú vas melificando las penas con divinas piedades, flotas como la palma en los martirios, ¡oh pobre santa, tú eres el *illium inter spinas*, y yo, yo soy acaso la "espiná entre los lirios...)

En tanto que en sus obras posteriores, *Jardines Interiores*, *En Voz Baja*, exterioriza sus emociones más hondas, sus sueños más vagos en poemas de tono menor, susurrantes y evocadores, como músicas lejanas, y en sus últimos libros, *Serenidad*, *Elevación*, ha llegado a ese estado de quietud intelectual que los antiguos conceptuaban como el último grado de la sabiduría expresa sus sentimientos más altos, sus

intuiciones más profundas en versos clarividentes, impregnados de amor humano y de infinito. Y hé aquí que en el vigor de su sinceridad emotiva, deja de lado sus paraísos ignotos o sus nostalgias antiguas para atender a la sugestión de la vida, para escuchar la voz del misterio, para aprender la lección de los viejos objetos familiares que evocan la tierra nativa, y entonces crea piezas, como esa "Vieja llave" o esas elegías a la "amada inmóvil" o algunos de sus últimos poemas, que son modelos de poesía "inspirada", de labor viviente o de arte mundonovista:

(Todo en ella encantaba, todo en ella atraía: su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar. El ingnio de Francia en su boca fluía. Era llena de gracia, como el Avemaría. Quien la vió, no la pudo ya jamás olvidar...)

Así pues, Amado Nervo ha sido un lírico puro que ha condensado la esencia de sus emociones en versos diamantinos, y un poeta nuevo que ha interpretado lo más hondo del alma moderna en poemas vivientes y alados, representativos de nuestro instante psicológico. Ha sido, además, un prosador delicado y sugestivo, en varios volúmenes (*El Exodo...*, *Almas que pasan*, *Ellos*); sensaciones de la vida, cuentos de soñador, de los cuales uno de los primeramente aparecidos, *El Bachiller*, historia tenebrosa de un sensualismo místico y trágico, es un símbolo espléndido del propio temperamento de este poeta tan sentimental y tan religioso.

* *

Desde que leí por primera vez a Amado Nervo, en mi adolescencia, sentí por este poeta una gran estimación. Cuando llegué a Francia, en 1905, él estaba en España, desempeñando el cargo de secretario de la Legación de su país. Antes había pasado algunos años en París, haciendo vida intensa pero precaria, de observación, de estudio y de producción destinada, en parte, a ganarse el pan. Entonces acertó a pasar por la gran ciudad uno de esos hombres no raros en América pero que no existen en Chile; uno de esos hombres que son a la vez políticos e intelectuales de cultura literaria, estadistas y escritores afinados: Justo Sierra. Conoció al joven poeta, leyó sus versos, comprendió su talento y en seguida le consiguió un puesto diplomático, en el cual podría desarrollarse, en la seguridad y en la luz, sus dotes, para bien de las letras y gloria de su patria. Y el pobre soñador partió a España llevándose el sello que París da a los que saben penetrarse de su lección espiritual, algunos libros de poetas franceses y una dulce niña parisiense que debía ser la buena compañera de

su vida y la inspiradora de sus mejores canciones. No habiendo podido, pues, ver a Nervo me contenté con enviarme mi libro *Toisón*. Con testóme remitiéndome su volumen *Almas que pasan*, con muy amable autógrafo. Desde entonces amistamos, nos cambiamos libros y, con tal ocasión, cartas. Al recibir mis *Romances d'Hoy*, me escribió algunas líneas que son aún el mejor juicio acerca de esa obra. "Ha acertado usted con una vigorosa y alta nota americana, me decía. Hay en el poema una melancolía andina y huele a tierra húmeda". Cuando fui a España en 1910, le conocí, en fin, personalmente. De figura no hermosa pero correcta (llevaba entonces galardo bigote, no tenía el aspecto de azteca, que dicen presentaba después) irradiaba una dulzura y una simpatía penetrantes. Hablaba con reposo, miraba largamente. Me acogió con el mayor afecto. Congregó en su casa de la calle de Bailén, una reunión en mi honor, a fin de presentarme a los escritores españoles. Allí encontré a Pío Baroja y su calva, a D. Ramón del Valle Inclán y sus barbas, a Mariano Miguel de Val, el pintor Ricardo Baroja, al escritor mejicano Balbino Dávalos, etc. Por desgracia la conversación giró sobre la literatura francesa y el galófono que hay en todo español metió el pie aquellos señores que deben tanto a las letras de Francia, se desataron en censuras contra los escritores ultrapirenaicos. Yo, que no niego nunca a mis maestros, repliqué con ardor. Mucho luego, viendo que Nervo callaba, callé también, alzé los hombros y, en compañía del poeta, fui a acodarme a los balcones sonrosados de donde desde los cuales se veía el costado del Palacio real, el campo desolado, el Guadarrama, con sus dientes radiantes, mordiendo el azul ácido del día primaveral.

Durante la guerra, mi amistad con Amado Nervo se hizo aún más estrecha: nuestras opiniones comunes nos llevaron a un cambio de ideas por escrito, frecuentes. A pedido mío, me escribió él una carta hermosísima en que expresaba su entusiasmo por la causa de la Francia. Podía hacerlo: en ese momento, a causa de los vaivenes del gobierno de su país, había dejado de ser diplomático. Publiqué esa carta en uno de mis artículos del *Mercure de France* y luego la incluí en mi librito *Les Ecrivains Hispano-Américains et la Guerre Européenne*, ese librito que fué tan bien acogido por la prensa y, en particular, por los reyes y presidentes de la causa aliada. Poco después, con ocasión de la aparición de *Serenidad*, consagré a Nervo, en mis crónicas literarias del *Mercure*, un estudio de su obra, conciso pero total y ferviente.



Esta y la anterior fotografía fueron tomadas en Montevideo, por un íntimo amigo de Nervo, durante una comida familiar.

Francisco Contreras.